

Lectura del Libro del profeta Facundo de Celanova

A un monaguillo en cuestión
estando ayudando a misa
le dio un feroz apretón,
que es algo que nunca avisa
y le causó desazón.

Volvió el infeliz la cara
y le rogó a un amiguete
que su lugar ocupara,
que en tanto él iba al retrete
aquella misa ayudara.

-¡Ay mi madre, que no sé!,
dijo el otro. -No hay cuidado,
le volvió a hacer hincapié.
Tú estate aquí arrodillado,
que enseguida volveré.

Se fue, mientras don Javier
"dominus vobiscum", dijo,
y el pobre hijo al no entender
le miró con rostro fijo
sin saber qué responder.

Al no haber contestación,
volvió a repetir el cura
la frasecita en cuestión
y a la infeliz criatura
la llenó de confusión.

Don Javier llegó a pensar
que el crío no le había oído;
repitió y volvió a mirar,
y él le respondió afligido:
-Ya viene, que ha ido a cagar.

Lectura del libro de San Nicolás de Tolentino

Pastoreaba este verano
don Jacinto un día más,
alborozado y ufano,
con visera, vara en mano
y sus cabritas detrás.

Era el sol plomo fundío.
El molesto mosquerío,
la cigarra , el moscardón
con su tediosa canción.
Los pajaritos, ni pío.

Iba el cabrero contento
por la Senda de las Damas,
cuando paróse un momento
para cortar unas ramas
que es de caprino alimento.

Y al detenerse veía
a una mujer más bien vieja,
que una raja de sandía
con deseo se comía
sin moversele una ceja.

Mas sentábase de un modo
que ocasionaba incomodo.
La saya hasta las rodillas,
sin medias y sin puntillas.
¡Vamos que enseñaba todo!
Que se veían, ¡Ay Dios!
en vez de una raja, dos.

Y cuando Jacin pasaba
no pudo sino fijarse
en lo que ella no llevaba,
no por caérsele la baba,
mas bien cosa de espantarse.
Y gritó desde el camino.
¡Eh, que se te ve el chumino!

Y contestóle la tía:
-Jacinto, que no te coscas.
¿No ves que si no las moscas
me vienen a la sandía?

ENTIERRO DE BARRIHUELO 2013

Nos llamaron con premura
cuando ya el día alboreaba
al médico Juan Gonzalo
y al servidor que esto os narra.

Nos lo encontramos tendido
sobre una sencilla cama,
separada esta a su vez
por una vieja mampara
del resto del gran salón
do nuestro hermano se hallaba.

Un salón en el que dan
sus balcones a la plaza
y por los que se advertía
una manifiesta calma,
calma que de vez en cuando
sin remisión se quebraba
por la voz de algún noctámbulo
que ajeno al hecho lanzaba.

Entonces fue el doctor quien
con decisión y confianza,
toda su ciencia y esmero
al enfermo consagrara.

A los muy pocos momentos
crujió y se abrió la mampara
saliendo éste tras la misma
con afligida mirada.

Tras confirmar un diagnóstico,
muy cauto se lo guardaba
porque advertía señales
de consecuencias nefastas.

Después, con paso indeciso,
fuy hasta el rincón de la sala
y en un sepulcral silencio
me aproximé hasta su cama.

Y sentado junto al lecho
en ansiosa vigilancia,
ni una hora, ni un solo instante
de su lado me apartara.

Y con solo insinuarle
de sus múltiples andanzas,
de anécdotas, chascarrillos
de las fiestas, sus parrandas,
la facilidad verbosa
de nuestro hermano estallaba,
emergiendo de sus labios
un torrente de palabras.

Y empezó su testimonio
con la voz entrecortada,
rememorando detalles
que en mi mente dormitaban.

- "**H**ace un año", prorrumpió,
"en el que se celebrara
una corrida de toros
por de algún modo llamarla,
con muy poco oficio y arte
y mucha parafernalia.

Un cartel de relumbrón,
tres figuras consagradas:
Roberto, Guillermo, El Pato,
tres toreros flor y nata.

¡¡SEIS HERMOS TOROS, SEIS!!
en aquel cartel rezaba.

Y tanto era el interés
que el festejo despertaba
que en el mismo estaba escrito:
"**SE AGOTARON LAS ENTRADAS**".

Mas lo perverso del caso,
lo que yo no me esperaba,
es que tras la pantomima
hubo quien se molestara
tachándola de barbarie
de crueldad y animalada,
cuando en esta jamás hubo
ni un golpe, ni una patada,
ni un maltrato hacia la res,
ni hostigamiento, ni nada.

Intenté, cosa imposible,
de que el tipo razonara
y él seguía erre que erre
llamándolo "salvajada".

De lo que sí me di cuenta,
puede que por perspicacia,
que más que un sentir sincero
era pura mala baba.

Saqué mi temple y aplomo
y de ambos haciendo gala
le dije: -"tienes razón
y tu idea es respetada,
porque yo prefiero el fútbol,
por poner un verbigracia,
que es muchísimo más noble
que torear una vaca,
donde las buenas maneras
sin duda son las que mandan.

No hace mucho presencié
un derbi, que es como llaman,
de dos equipos que o bien
por ancestrales revanchas,
o bien por su cercanía,
o bien por cualquier chorrada,
se profesan odio eterno
dentro y fuera de la cancha.

La gente pierde el sentido
del control y de la calma;
la gente se vuelve loca,
la gente grita de rabia
y con las venas del cuello
de sangre y furor colmadas,
al alarido se entregan
en histeria desatada.

Pero lo de las vaquitas
ieso si que es salvajada!

Tomé asiento en el lugar
que me indicaba mi entrada
y justo encima de mí,
un gachó que no paraba
de tocar un instrumento,
una trompeta alargada
que le llaman vuvuzela
y que acabó, Virgen Santa,
perforándome el oído
a cada soplo que daba.

Al árbitro por pitar
una espeluznante entrada,
se cagaron en sus muertos,
le llamaron tonto lava,
tuerce botas, traga nudos,
mamporrero, traga chapas,
se acordaron de su padre,
de su madre, de su hermana
y hasta de una tía abuela
que es carmelita descalza.

A un linier porque al revés
su banderín levantara,
un borrego desmandado
sin miramientos lanzaba
un objeto contundente
que en su cabeza paraba.

¿Y las vaquitas? ¡Qué horror!

¡Eso sí que es salvajada!

A un señor que desde un córner
a los suyos jaleaba,
para no acabar linchado
tuvo que salir por patas.

El guardameta foráneo
socarrado casi acaba
tras lanzarle desde un fondo
una salva de bengalas.

Un tipo que dijo iuyyyy!
cuatro veces, ¡hay es nada!
de espicharla cerca estuvo
colgado de su bufanda.

El derbi finalizó
naturalmente en tangana.

El autocar , ya ve usted,
con cuatro ruedas pinchadas,
y el cristal del parabrisas
hecho añicos terminaba.

Pero las vacas, ¡por Dios!

¡Eso es una salvajada!

Pero ya a toro pasado
y meditado con calma
y sin pretensión de hacer
ningún juego de palabras,
puede que aquel individuo
reacio a la tauromaquia,
la verdadera razón
de su resistencia airada,
fue al contemplar la faena
de don José Ramón Triana,
el mejor banderillero
que ha pisado nuestra plaza,
desde entonces conocido
como "El Niño de Anguciana".

De queso o de atún ahumado,
de boquerón o de chaca,
o de marisco o de huevo,
o simplemente variadas,
se las come galleando
al quiebro o junto a las tablas.

Ni "El Juli", ni Esplá, ni "El Fandi",
en banderillas lo igualan,
aplicando en esta suerte
las cuatro obligadas pautas:
se cita al primo de lejos,
se le cuarteá con maña,
lo clava sin miramientos
y luego da la espantada.

Pero ese día en el ruedo
ataviado de oro y grana,
sus tobillos de diamante
y medias de seda blanca.

Todo nació en un desplante
chulesco, en el toma y daca,
y aquel par inenarrable,
aquel par que aun me atenaza,
aquel par, ¿cómo llamarlo?
¡un par de cojones, vaya!
pues lo hizo de tal manera
que estuvo a punto y no es guasa
de arponear al volapié
a la Mari "La Mariana",
que junto a Enrique Martínez
la corrida presenciaba,
con su peineta y mantilla
tal que la Duquesa de Alba.

Porque es que lo hizo tan mal,
aburrió tanto a las masas
que por fin el presidente
al corral mandó la vaca.

Y así cuando al animal
lo sacaban de la plaza
¡eh! gritó un espectador:
¡que os dejáis al de Anguciana !

Y dicen las malas lenguas,
que cómo no haberlas haylas,
que desde entonces "el maestro"
optó por la retirada
y ni sale en los carteles,
ni se le ve por las plazas;
ya sólo da capotazos
a los que les debe pasta.

Después de una larga noche
de farra, juerga y jaleo,
decidí, por saludable,
dar mi matinal paseo.

Al cavo de dos horitas,
de un par de horas, más o menos,
cuando justo me acercaba
a la Plaza del Crucero,
es a Antonio Navarrete
a quien primero me encuentro.

Tras breve y cordial saludo
e insustancial parloteo,
me convidó amablemente
a un tentempié mañanero.

Y en un pincho de tortilla,
en un vino de mi pueblo,
en un café y un orujo
consistió mi refrigerio.

Mas cual fuera mi sorpresa,
mi asombro y mi desconcierto,
cuando el suyo consistía
en una menta poleo
y un puñado de pastillas
que extrajo de un pastillero.

Tres amarillas, dos blancas
y una de color bermejo,
que de una en una, despacio,
se las metió "pal" colete.

Y así, cariacontecido,
me lo argumentó diciendo
con la voz entrecortada,
que le sobran triglicéridos,
acompañados de lípidos,
bajo el colesterol bueno,
taquicardia poco usual
que habrá que parar a tiempo
y una isquemia de cuidado
en el ventrículo izquierdo.

Que debido a los ateromas
que ellos le iban produciendo,
tenía la cañería
tapada de medio a medio.

Irritación en el colon,
irritación en el recto,
que el intestino delgado
no admite los alimentos...
exceso de fosfatasas
o carencia de anticuerpos,
efisema pulmonar,
úlceras en el duodeno,
insuficiencia renal,

cálculos en el colédoco,
y una falta en el ácido
desoxirribonucleico.

¡Ojo al parche!, me increpaba,
que hay que andar con mucho tiento
y hacerle caso a Don Juan,
tomar mis medicamentos,
una dieta baja en sodio,
andar kilómetro y medio,
no probar las carnes rojas
ni el embutido ni el queso.

Adiós al Habano, al Farias,
y hasta el cafecito negro.

Y te juro por mi vida
iinada de Carlos Tercero!!

Esto me contaba Antonio
con tanto ahínco y denuedo,
que humildemente le dije...
te relataré un suceso:

Tení el buen Saltaviñas,
un perro grande y ya viejo,
de raza no definida
cuyo nombre era "Fanego".

"Y no hay un chucho en el mundo
más leal, clamaba Pedro.

Me guarda casa y despensa;
el otro día, por cierto,
dio buena cuenta de un gato
que con ánimo perverso
se llevaba entre las uñas
un exquisito conejo".

"Joder, replicó Manuel,
su fraternal compañero,
eso lo has de demostrar
pues no lo creo sin verlo".

Fueron a casa los dos
y encerraron al Fanego
entre rollizas perdices,
alguna cinta de cerdo,
cuatro morcillas de Burgos,
dos salchichones, un queso,

una costilla adobada
y un caponcito gallego.

Seis días es lo que estuvo
el can en aquel encierro
y al sexto, compadecidos,
abrieron al prisionero.

Con el rabo entre las piernas
salió corriendo el sabueso,
relamiéndose el hocico
y un filete en el garguero.

Saltaviñas se alborota,
se enfurece a tal extremo
que el pobre perro de casa
es despachado al momento.

Por eso, querido Antonio
y vuelvo al asunto previo,
déjame que te pregunte:
¿de verdad piensas en serio
el cumplir a pies juntillas
este hábito tan severo,
cuando estés viernes tras viernes
con tus leales compañeros
ante una mesa repleta
de manjares suculentos?

Confieso mi escepticismo
y es allí donde me temo,
van a quedar enterrados
tu pacto con el galeno,
intenciones, compromisos,
palabras y juramentos.

Así que amigo Pepín
este es mi humilde consejo:
quien expone la virtud
a tales experimentos,
lo más seguro es que imite
el proceder del "Fanego".

Y de esta misma persona,
por cariño, por afecto,
por amistad, por estima

y porque da mucho juego,
os contaré un sucedido
más cierto que el Evangelio,
aunque quebrante por ello,
que todo lo allí acordado
debería ser secreto.

A una asamblea de AYFAM
es a lo que me refiero,
en la que el orden del día
solamente, bien recuerdo,
era el renovar los cargos
de todos sus elementos.

Tras sosegado debate
acordóse por consenso
nombrar como presidente
a Moisés Gómez Barredo
asignándole a Titín
la función de tesorero
y como simples vocales
quedaron los demás miembros.

Pero fue en el tiempo que
se consumaba el consejo,
cuando Pepín que hasta entonces
permanecía en silencio,
tomó la palabra y dijo
tan claro como modesto:
"distinguidos camaradas,
estimados compañeros,
muchas gracias por el cargo,
mas con él no estoy de acuerdo.

Yo quiero ser recadista,
¡ojo! que no recadero,
que aunque parezcan lo mismo
no lo son y lo demuestro:
el recadero en cuestión
es aquel que cobra un sueldo;
el recadista, por contra,
no percibe emolumento,
y ese, si mal no os parece,
quiero que sea mi puesto".

Su propuesta fue aceptada
como no podía ser menos,
prometiendo él por su parte
poner ánimo y empeño.

¿Y cuál fue el primer mandado
al que hizo frente el sujeto?

Pues en estas mismas fiestas,
concretamente a por hielo;
del orden de ochenta kilos
se le requirió al momento.

Y así rumbo hacia Laguardia
partió Pepín con apremio,
con afán de demostrar
su valía en aquel puesto.

Una vez hecho el acopio
del preciado cargamento,
se dispuso a retomar
el camino de regreso.

Y hete aquí, imaldita sea!
que fue en tan crucial momento
cuando topóse, ¡ay Dios mío!
con Pedro el de Urturi, ¡bueno!
dos gachós que estando juntos
hacen temblar el misterio.

Con un saludo entusiasta
se iniciaba aquel encuentro,
dándole paso ipso facto
a un ameno charloteo,
el cual llegó a prolongarse
media horita más o menos.

A todo esto, claro está,
el coche lleno de hielo.

Se fue alargando la cosa,
no por Pepín, eso es cierto,
pues como todos sabéis
él no muy dicharachero
y de la charla pasóse
al asunto del bebercio.

Y allí en la cafetería
un par de cafés primero,
un txupito para Antonio,
un refresco para Pedro,
para Antonio otro txupito,
para Pedro otro refresco
y entre una cosa y la otra
fue consumiéndose el tiempo.

Hora y tres cuartos llevaba
el hielo en el maletero.

Aún tendría que pasar
media horita por lo menos,
para que el de los recados
emprendiera su regreso.

Y así después de tres horas
de cháchara y de trasiego,
reapareció por la txozna
tan campante, tan contento
y sobre todo orgulloso
por el trabajo bien hecho.

Ya os podéis imaginar
cuál fue el resultado de ello:
una cuarta y media de agua
inundando el maletero.

Como todos bien sabéis
y si no yo os lo recuerdo,
el agua en nuestro planeta
de tres formas la tenemos
y de estas tres, está claro,
dos de ellas allí se dieron.

Como sólida compróse,
a líquida pasó luego
y si bien por un casual
acompaña un poco el tiempo
dentro del auto, se entiende,
llega al estado tercero:
se evapora, se condensa
y acaba lloviendo adentro.

Después de aquel episodio le están buscando otro empleo, siempre y cuando se establezcan estos posibles supuestos: primero, que no sea urgente; segundo, que no esté lejos; tercero, que no haya bares y cuarto, que no sea hielo.

Y quiero ya terminar porque mi final presiento, narrándoos un episodio entre insólito y tremendo, que me pasó hace unos días y a continuación os cuento.

Ocurrióme en las piscinas por la tarde, bien recuerdo, cuando buscaba el relajó en un alto en el festejo.

Sentóse justo a mi vera un macizo monumento, una muchacha imponente con un pedazo de cuerpo, que ni sé, ni me interesa de dónde salió el portento.

La maciza cogió un libro y se dedicó a leerlo, y yo con galantería porque soy un caballero, me presté a iniciar el ligue pues ya iba siendo el momento.

-“¿Es interesante el libro?”

-“¿Qué libro?”-“El que estás leyendo”

- “¡Ah, sí, muy interesante y muy curioso, por cierto.

Es una especie de guía....”

- “¿Y de qué trata?” -“ De sexo.

Se entera una de unas cosas... voy a ponerte un ejemplo:

En el último capítulo que he leído hace un momento,

se considera el tamaño
de eso que llamamos miembro
¿sabes cuál es el más largo?"

- "Ni remota idea tengo".

El de la tribu Masai,
¡¡imide casi medio metro!!"

- "¡Qué barbaridad!", le digo.

- "¿Y cuál crees que es el más grueso?"

Pues ese es el de los rusos".

- "¿El de los rusos?" - ¡Correcto!"

- "Y escúchame atentamente

porque ahora viene lo bueno:
¿cuál es el más revoltoso,
el más vivo, el más inquieto?"

Pues el de los españoles,
mayormente los de Elciego".

Y llegados a este punto
mi mente era un hervidero;
por largo el de los Masai,
el de los rusos por recio
y el de mi pueblo lo es
por diablillo y por travieso...
cuando de pronto una voz
se mezcló en mis pensamientos.

- "¿Me puedes decir tu nombre
distinguido caballero?"

- "Ahora mismo te lo digo
y te juro que no miento:
Bungabongo es mi apellido,
concretamente el primero,
Timochenko es el segundo
y mi nombre Barrihuelo."

Apenas hubo acabado
de relatar el suceso
con su mente extraviada
por quién sabe qué recuerdos,
entre trémulos suspiros
cayó rendido en su lecho.

Como sin ruido ninguno
vuela o se deshace un sueño,
se fue apagando su vida
entre unos lánguidos ecos.

Y ante tu cuerpo ya inerte
muy próximo a tu partida,
a modo de confesión
permíteme que te diga,
que hoy es para mí también
un día de despedida.

Que te voy a echar de menos,
que hay cosas que no se olvidan
y en los pliegues de mi alma
quedarán siempre cautivas.

Tantas son las emociones
las sensaciones vividas,
que ponen a hervir la sangre
y las nostalgias se avivan.

Mas tú otra vez volverás
puntual y fiel a tu cita,
desparramando entusiasmo,
vendimiando simpatías.

Y termino con los versos
de una canción que hago mía:

“Dicen que no se siente la despedida,
dile a quien te lo dijo, que eso es mentira.

Dicen que no se siente la despedida,
dile a quien te lo dijo, que se despida”.

FIN